

Continuidades, abandonos, tareas pendientes

El legado de Francisco Bauzá (I)*

por *Carlos Pareja*

1. La convocatoria a los herederos de Bauzá

Las múltiples actividades públicas de Francisco Bauzá pueden nuclearse en torno a cuatro ejes de apuestas, en cada una de las cuales se involucró a fondo, volcando generosamente sus mejores y más sostenidos empeños, desde sus años de juventud y hasta su muerte. Se dedicó a la historiografía, en su doble dimensión de indagación y de docencia. Desarrolló intensas y prolongadas actividades cívicas y militancias políticas, asumiendo diversos cargos de gobierno, tribunas y responsabilidades partidarias. Fue un combativo y prolijo defensor de los dogmas y de los propuestas morales de la religión católica, a partir de confrontaciones argumentales rigurosas y del manejo erudito de los desarrollos científicos de su época. Asumió labores pioneras en el campo del análisis crítico, tanto de la producción literaria nacional, como de los antecedentes y las elaboraciones constitucionales locales. Por último, desplegó protagonismos decisivos como fundador y animador de múltiples instituciones pioneras en su género y en su modalidad de inserción en el medio.

El autor

Profesor e investigador en el Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República) y en el CLAEH.

* N. R.: La segunda parte de este ensayo se publicará en el próximo número de *Prisma*.

A lo largo de cada uno de esos ejes, sus aportes e iniciativas dejaron im-
prontas duraderas, convirtiéndose en los recorridos inaugurales de otras tan-
tas trayectorias acumulativas que han logrado prolongarse vigorosamente
hasta nuestros días. Incluso aquella empresa fundacional que resultó conde-
nada a una vida efímera —la Universidad Católica— ha encontrado su conti-
nuidad a través de la institución académica que hoy, a cien años de su muer-
te, brinda a Bauzá su homenaje agradecido, reconociendo en él a su antece-
dente inspirador. Así, pues, a la hora de inventariar el legado de Bauzá, los
emplazados en forma inexcusable —y con las mejores credenciales— son
sus herederos más directos, los prolongadores de sus emprendimientos, de
sus convicciones religiosas y de sus militancias políticas: los historiadores
nacionales, los miembros de la comunidad católica uruguaya, los encolumna-
dos detrás de las banderas del Partido Colorado, así como los asociados y
usuarios de aquellas instituciones que ayudó a gestar.

Y bien, no soy historiador, no profeso religión alguna, no tengo afinidad
con las orientaciones ni con las conductas asumidas por el Partido Colorado
ni he estado asociado a alguna de las mencionadas organizaciones civiles,
de modo que mi participación en este ciclo de conferencias no puede figurar
como un intento de honrar deudas directas. Por cierto, a la hora de apreciar y
rescatar el legado de Bauzá en todos sus alcances, no cabe convocar sola-
mente a sus más cercanos e inequívocos deudos, excluyendo a cualquier
otra fuente de testimonios, en particular, los alineados con inspiraciones muy
distanciadas de las del propio Bauzá, como ocurre en mi caso. Con todo, esa
ampliación de los testimonios inicialmente convocados no habilita a una aper-
tura indiscriminada y, por el contrario, obliga a exhibir credenciales de idonei-
dad específica sobre alguno de los territorios en los que incursionó el home-
najeado. Emplazado a exhibir tales credenciales, me encuentro en una extre-
mada e irreparable orfandad: no he frecuentado asidua y sistemáticamente
sus obras escritas y padezco de una robusta ignorancia acerca de sus actua-
ciones públicas —como legislador, embajador, ministro, periodista, etcéte-
ra—, así como de la época y el medio en que le tocó vivir. Tal ignorancia se
extiende a todo lo relativo a la evolución de las doctrinas eclesiales a lo largo
de la segunda mitad del siglo XIX, a las sucesivas respuestas a los distintos
desafíos sustanciados por las orientaciones secularizantes y anticlericales
que tan vigorosamente arraigaron en nuestro medio, de modo que carezco de
la competencia mínima requerida como para incursionar en las distintas con-
troversias en las que Bauzá asumió protagonismos destacados.

2. Un aporte marginal y profano al rescate del legado de Bauzá

¿A qué responde, pues, mi intervención en estos eventos recordatorios? Y, en todo caso, ya que ningún título de idoneidad respalda dicha intervención, ¿cuáles son las deudas de gratitud que nos toca pagar a los herederos indirectos del legado de Bauzá y qué aportes específicos podemos hacer los testigos profanos al rescate de dicho legado? El primer interrogante puede ser despejado en términos triviales: la culpa o el mérito recae enteramente en José Pedro Rilla. Corresponde aclarar que entre todas las personas que me ha tocado frecuentar, José Pedro se ubica en el grupo selecto de las que más admiro y respeto. Trabajar a su lado, contar con él como interlocutor permanente, ha sido uno de los mejores regalos que debo agradecer a la generosidad del destino. Sólo que tales regalos, si bien uno no se los merece —como dice la propaganda de los jugos Tang—, vienen con su contrapartida de compromisos: uno tiene que estar a la altura de los desafíos y las exigencias que tales interlocutores asumen para sí mismos. En particular, si usted incurre en el error de manifestar ante José Pedro su entusiasmo por algún asunto o autor, se encontrará desafiado a explicitar las razones de dicho entusiasmo.

La teoría implícita no puede ser más sana y rendidora: si tienes una buena nueva, no te la guardes para ti, haz el esfuerzo de exponerla a los demás, explicándoles tus razones para considerar que se trata de algo pertinente y relevante. Todos resultamos gananciosos: el entusiasta se encuentra emplazado a medir sus hallazgos de modo que éstos resulten compartibles por otros y puedan trascender el plano de sus afinidades meramente personales. Y, por supuesto, todos los demás, en cuanto destinatarios potenciales de las buenas nuevas, salen beneficiados con ese disciplinamiento de la admiración y del encomio. No cabe duda, pues, de que es una buena teoría y una estrategia rendidora, sólo que no es inmune a deficiencias y omisiones. En particular, falla cuando el responsable no asume el trabajo que le ha sido asignado. José Pedro confió en que yo prepararía una exposición que diera cuenta de los encomios superlativos con que le comentaba mis escasas incursiones en la obra de Bauzá: fue tan confiado como para apostar a que mi intervención estaría a la altura de mis expresiones de entusiasmo, mientras que yo me dejé estar creyendo que tenía entre manos un enfoque novedoso y compartible para valorizar la herencia dejada por el homenajeadado. Y ahora, llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, me doy cuenta de que mi testimonio sólo consiste en algunos escasos y oscuros barruntos acerca de una deuda generacional contraída con Bauzá y que, para peor, no estoy en condi-

ciones de aportar los elementos de juicio y de probanza requeridos para articular y solventar dichos barruntos, de modo que les he fallado a ambos, a Rilla y a Bauzá.

3. El despilfarro de un legado

Sólo ahora, enfrentado a la tarea de formular los alcances precisos de esa deuda que todos los uruguayos, en cuanto herederos directos e indirectos, profanos e idóneos, hemos contraído con la generación de Bauzá, empiezo a advertir la diversidad y magnitud de los problemas conceptuales que sería preciso allanar para completar cabalmente dicha formulación. En último término, mis entusiasmos en torno a la trayectoria y a la obra de Bauzá están inseparablemente asociados a un balance en virtud del cual nuestro endeudamiento generacional no se configura a partir de los legados acumulados por nuestros antepasados, sino como resultado de los despilfarros en que hemos incurrido los herederos. Dicho de otra manera, habríamos quedado a mano con ellos si hubiéramos estado a la altura de esa herencia enjundiosa, si hubiéramos sabido administrarla y cultivarla, prolongando la cadena de acumulaciones, la grandeza de miras y compromisos que nos correspondía trasladar, reformulados y ampliados, a nuestros sucesores. Así, pues, mi contribución específica a este ciclo de homenajes pretendía discernir un contraste entre aquellas acumulaciones y los posteriores despilfarros, entre aquellas ambiciones innovadoras y apuestas arriesgadas, por un lado y, por el otro, los actuales relatos resignados y provincianos, asociados a propuestas rutinarias y redundantes.

Debo confesar el origen de los materiales que me sirvieron como punto de partida para elaborar la hipótesis del despilfarro intergeneracional, admitiendo, a la vez, su carácter poco riguroso e, incluso, arbitrario. Ocurre que mi abuelo nació en 1856, de modo que su trayectoria vital arrancó en paralelo con las de toda una generación de uruguayos nacidos entre 1845 y 1859, entre los que figuran el propio Bauzá, Zorrilla de San Martín, Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos María Ramírez, Duvimoso Terra, Martín C. Martínez, Carlos María de Pena, Francisco Berra, Eduardo Acevedo Díaz, Luis Melian Lafinur, Eduardo Brito del Pino, Martín Aguirre, Juan Carlos Blanco, Francisco Lavandeira, Mariano Soler, Aureliano Rodríguez Larreta, Julio Herrera y Obes, Aparicio Saravia, José Pedro Varela, José Batlle y Ordóñez, etcétera. En un segundo escalón, en el nivel de lo que podríamos designar por comodidad «los hijos de Bauzá», mi padre nació en el año 1900, siendo más o menos coetáneo de Berreta, Batlle Berres, Fernández Crespo, Eduardo Víctor Haedo, Gestido, Carlos Quijano, etcétera; es decir, de una generación que

asumió la posta intergeneracional a partir de la cuarta y la quinta décadas del siglo XX. Yo nací en 1935 y me ubico en esta secuencia narrativa, repleta de clivajes arbitrarios, entre «los nietos de Bauzá»: soy un poco menor que Jorge Batlle y Wilson Ferreira, un poco mayor que Lacalle, y más o menos coetáneo de Julio María Sanguinetti, Raúl Sendic, José Mujica, García Costa, Gargano, etcétera, es decir, de aquellas cohortes que empezaron a asumir responsabilidades de primer nivel hacia fines de los años sesenta.

Es interesante destacar que cada una de esas tres generaciones tuvo su correspondiente aporte a la historiografía nacional y que, a lo largo de ese eje, la secuencia temporal se mantiene en paralelo con una acumulación conceptual bastante prolija. La figura del Bauzá historiador se destaca en «la generación de los abuelos» y su contribución deja trazados los marcos dentro de los cuales se inscribirán los aportes de «la generación de los hijos» (Pivel Devoto) y la de «los nietos» (Barrán y Nahum). Por cierto, este recuento generacional establece agregaciones y separaciones arbitrarias, a la vez que deja fuera a otras figuras y aportes. En la pintura, Blanes puede ser incorporado a la generación de los abuelos, pero no parece haber lugar para Figari, Barradas y Torres García. En el caso de la historiografía, ¿dónde se ubicaría a Alberto Methol —mi abnegado comentarista—, a Carlos Zubillaga, Mario Jacob, José Pedro Rilla y Gerardo Caetano? Y en otros terrenos, ocurre algo parecido con Luis A. de Herrera, Washington Beltrán y José E. Rodó. Para otros uruguayos, el recuento generacional es completamente distinto y se desfasa del mío en sus hitos temporales: Villanueva Saravia era tataranieta de Aparicio y, por lo tanto, tenía que remontar cuatro eslabones generacionales para «llegar a Bauzá», mientras que en mi caso, basta con dos.

Al tomar esa secuencia generacional, al margen de sus múltiples falencias, como punto de partida para enjuiciar a mi generación y a la de mi padre como herederas de la de mi abuelo y como administradoras de su legado, no puedo eludir mi cuota de responsabilidad y de complicidad en lo que a todas luces parece perfilarse como un despilfarro de dicho legado. En efecto, cualquiera sea el campo que se elija —desde la jurisprudencia, la historiografía, el discernimiento institucional y la percepción de los escenarios más allá de las fronteras, las iniciativas empresariales, los oficios y las artesanías, hasta el periodismo—, todas las pistas apuntan en la misma dirección: nuestros abuelos, a quienes les tocó vivir en medio de convulsiones, precariedades y conflictos, huérfanos de comodidades y facilidades, desplegaron energías, audacias y rigores disciplinarios acordes con sus pretensiones indeclinables a medirse con los parangones más exigentes disponibles en su época, mientras que sus hijos y sus nietos, exonerados de las peores fatigas y restricciones, no supimos resistir a la tentación de dejarnos deslizar por una pendiente

de complacencias provincianas que sólo podía desembocar en una prolongada secuencia de inercias y resignaciones impotentes.

4. Un balance difícil de confeccionar

A primera vista, para solventar ese enjuiciamiento crítico intergeneracional alcanzaba con inventarios aproximativos y de trazos gruesos de las trayectorias de acumulación cumplidas en algunos rubros ejemplarizantes. Y bien, recién ahora, cuando ya es demasiado tarde, me vengo a percatar de que la confección de tal balance no sólo es una tarea que desborda mis competencias, sino que, además, y como ya fue insinuado, responde a una pregunta mal formulada —quizás a una seudointerrogante— que sólo puede desembocar en una colección de equívocos. Por lo pronto, el manejo de los clivajes generacionales se presta a toda clase de confusiones, ya que implica juntar desprolijamente dos tipos de conexiones temporales: la de índole biológica —el vínculo entre padres e hijos— con aquellos otros encadenamientos que ordenan la sucesión de protagonismos concurrentes y sus impactos irreversibles sobre la posterioridad. No es preciso insistir sobre el punto, por cuanto ya se han acumulado suficientes evidencias al respecto como para justificar sanas desconfianzas sobre el uso de los clivajes generacionales, con sus incorregibles arbitrariedades.

En segundo lugar, las dificultades se multiplican al pretender incursionar en el terreno de los legados, los balances y los despilfarros. Cuando se intenta establecer aquellas unidades de cuenta que permiten comparar herencias y administraciones, se termina forzando una artificial uniformación de las agendas de desafíos y compromisos que les toca asumir los pueblos en cada tramo de su trayectoria. A esta altura, es preciso recordar que el legado más vigoroso sólo encuentra su mejor continuidad en aquellas retomas revisionistas e innovadoras, que no sólo aciertan a poner a luz sus falencias sino, también, a alumbrar senderos inéditos y a aventurarse en los territorios todavía no explorados, en los que las acumulaciones heredadas ya no sirven más que como lejanas y vagas inspiraciones. En esa medida, ¿resta algún margen para el reproche legítimo de despilfarro de una herencia, sin quedar atrapados en una condena de todo inventario revisionista, aun el más respetuoso, en un conservadurismo rutinario y, lo que es peor, en un cerrarle el paso a cualquier avance innovador? Y en el propio reproche que en nombre de un pasado encumbrado, alimentado por hallazgos recientes y certezas firmes, se hace recaer sobre un presente deslucido y plagado de incertidumbres, ¿no se esconden gruesos malentendidos y otros tantos balances injustos? ¿Acaso la evolución de la música y de la pintura

occidentales no desembocaron inevitablemente en el siglo XX en ciertos tramos de agotamiento y de búsquedas despistadas, después de una secuencia acelerada de logros e innovaciones? ¿No ocurre algo parecido en el caso de las conquistas democráticas y en los arreglos destinados a corregir o compensar asimetrías injustificables?

En todo caso, para no quedar atrapados en esas perspectivas y balances distorsionadores, y para arribar a algún contraste esclarecedor entre el legado de Bauzá y la forma en que lo hemos retomado y prolongado, ¿no sería preciso renunciar a enfoques profanos, con sus contabilidades demasiado «genéricas» —tan vagas como incontrastables—, para dar paso a inventarios discriminados a lo largo de cada una de las vertientes específicas de su obra pública y de los recorridos posteriores? Y aun suponiendo que lográramos esbozar un balance cívico-moral, accesible al ojo profano y no distorsionante, todavía tendríamos que encontrar los medios conceptuales para evitar una falla que acecha a este tipo de contrastes intertemporales. Me refiero a sus dificultades a la hora de discriminar dos tipos de trayectorias muy disímiles: aquéllas en las que cabe hablar de genuino y culposo despilfarro de las herencias previamente acumuladas, por un lado, y, por el otro, aquéllas en las que, si bien se registran algunas desaceleraciones y desinversiones, éstas resultan, o bien inevitables en función de constelaciones adversas de circunstancias, o bien excusables por el agotamiento de los senderos disponibles. Así, por ejemplo, Inglaterra desplegó una trayectoria ascendente a lo largo del siglo XIX, ocupando posiciones pioneras a lo largo de ejes tales como la abolición de la esclavitud, la generalización de las libertades y prerrogativas cívico-políticas, el desarrollo de los partidos políticos y las organizaciones sindicales, la revolución industrial, la navegación y el comercio a niveles planetarios, etcétera, lo que le permitió asumir funciones rectoras y de arbitraje sobre los destinos de otras naciones. Si se toma el punto más alto de esa trayectoria como base para un balance, los recorridos cumplidos a lo largo del siglo XX figuran como una secuencia de sucesivas disminuciones y deterioros. Sin embargo, mientras resulta notoriamente inapropiado referirse a esa secuencia como un «despilfarro de cierto legado de recursos y oportunidades», con sus connotaciones culposas, quizás podría justificarse dicho balance en los casos de España, Argentina y Uruguay. Se torna preciso, pues, identificar aquellos criterios restrictivos que permitan reagrupar y diferenciar las distintas trayectorias, así como discernir los sesgos que se asocian específicamente a las distintas modalidades de administración de una herencia.

Así, pues, para levantar las objeciones que hemos venido acumulando en torno a nuestro balance de un despilfarro generacional del legado de Bauzá —en cuanto representante de un tramo de cierto recorrido compartido—, debemos enfrentar un doble desafío. Por un lado, dada nuestra escasa idonei-

dad para incursionar en cada una de las vertientes específicas de la obra pública de Bauzá, tenemos que perfilar y justificar la pertinencia de un enfoque profano para contabilizar el supuesto despilfarro, sin terminar atrapados en los inoperantes pantanos sociocéntricos que se esconden detrás de rótulos tales como «matriz sociocultural», «identidad nacional», «imaginario colectivo», etcétera. Por otro lado, nos vemos obligados a hilar más fino para discernir entre las distintas trayectorias de acumulación y de desacumulación, otorgándoles un tratamiento conceptual diferente a aquéllas que revisiten connotaciones culposas. La superación de este segundo desafío resulta decisiva. Y es que, sin introducir algún tipo de recaudos, se corre el riesgo de terminar autorizando una explosión de imputaciones de responsabilidades generacionales que recaerían en forma indiscriminada sobre los más disímiles casos. En efecto, tales imputaciones constituyen la secuela inevitable de aquellos relatos trivializadores, con arreglo a los cuales la continuidad acumulativa de logros estaría asegurada de antemano, de modo tal que cualquier desviación en esa trayectoria lineal, cualquier tropiezo, desaceleración o retroceso, deberían ser remitidos a la interferencia de desaciertos específicos y a la introducción de impedimentos espurios y, por lo tanto, a la asunción culposa de sesgos desviados. De ese modo, resultaría obligatorio suponer, a modo de ejemplo, que los españoles, los ingleses, los argentinos y los uruguayos, en algún momento de su historia, se aferraron obstinadamente a creencias y normas erróneas, lo que explicaría sus desviaciones respecto a la senda del progreso que habían empezado a recorrer y justificaría la referencia al despilfarro de una herencia.

Por cierto, si ése fuera el precio a pagar para fundar nuestros barruntos a propósito de la deuda contraída con la generación de Bauzá, entonces más valdría renunciar definitivamente a ellos. ¿Es posible sostenerlos sin caer en los relatos trivializadores? ¿Cabe formular algún tipo de balance intergeneracional no arbitrario del encadenamiento de legados y de sus administraciones que, además de no desembocar en ese tipo de relatos, pueda instalarse en un eje no especializado, accesible al profano, sin descender a las vertientes de acumulaciones específicas ni permanecer sobrevolando en un inasible nivel global, sobreabarcador?

5. Un cotejo esclarecedor

Me animo a responder afirmativamente a ambas interrogantes y, por lo mismo, considero que las principales objeciones pueden ser levantadas y los dos desafíos correspondientes de reformulación conceptual pueden ser dilucidados. Por supuesto, no es posible abordar aquí dicha reformulación en

todos sus alcances, considerando todas las trayectorias y sesgos acumulativos imaginables. Es preciso, pues, contentarnos provisoriamente con un dispositivo conceptual grosero, de muy reducidos alcances. A tales efectos, procederemos a extraer algunas indicaciones rendidoras a partir de un cotejo esclarecedor entre las trayectorias recorridas por los experimentos de consolidación cívica e institucional argentino y uruguayo.

A diferencia de lo ocurrido en el caso argentino, sobre ninguno de los sucesivos tramos del experimento uruguayo puede recaer el reproche de incurrir en sesgos dilapidatorios de dotaciones ventajosas de recursos y oportunidades recibidas o acumuladas por generaciones anteriores. Tal reproche parece enrostrable a las generaciones argentinas que asumieron la posta a partir de 1930. En efecto, desde la mitad del siglo pasado en adelante los logros alcanzados por el experimento argentino podían cotejarse ventajosamente —tanto en términos de los niveles de vida de su población como de su logros educativos, artísticos y académicos— con los más exitosos y prósperos, sacando buen partido de sus generosísimos recursos naturales y de flujos inmigratorios a los que se había sabido atraer y arraigar. A partir de 1930, dicho experimento se encontró expuesto a un triple desafío y emplazado a remontar tres empinadas pendientes. A esa altura, en efecto, resultaba impostergable procesar: a) la incorporación de los miembros de las franjas de menores ingresos y riquezas, así como de las categorías laborales con bajas calificaciones al pleno ejercicio de sus habilitaciones cívicas y políticas, lo que requería la formación de nuevos partidos y su inserción pacífica en un renovado y consolidado sistema de partidos; b) el reordenamiento innovador de los principales circuitos económicos y financieros tradicionales, desquiciados por la pérdida de sus inserciones privilegiadas en los mercados mundiales de *commodities* y de capitales; c) la consolidación vigorosa y en profundidad de los distintos sectores industriales. Las tres tareas, tomadas por separado y en conjunto, exigían el despliegue de músculos democráticos, así como de competencias y virtudes institucionales, con un nivel de exigencia mucho más elevado que el que hasta entonces había sido necesario ejercitar y cultivar. Y bien, no es demasiado arriesgado resumir los tramos recorridos con posterioridad a 1930 con un balance deficitario, sobre todo si se los mide con referencia a los tramos previos. A partir de esa fecha, el experimento argentino alineó fracasos reiterados en los mencionados frentes, abriendo paso a un ciclo de deslegitimaciones, corrupciones y quiebras institucionales, así como de desarrollos económicos caracterizados por la precariedad y por la sucesión de alzas y derrumbes, al punto tal que una comunidad que antes había sido uno de los destinos más promisorios y acogedores para los emigrantes europeos, terminó impulsando flujos emigratorios.

Lo interesante del caso es que a las generaciones argentinas que asumieron la posta en 1930 no se les puede reprochar que hayan despilfarrado una caudalosa y consolidada herencia. Tal reproche sólo podría derivar de un balance tan arbitrariamente sesgado como mal documentado y, en particular, de un relato trivializador y fantasioso, construido desprolijamente sobre el olvido de las tres empinadas pendientes a remontar, así como de un inventario engañoso de la supuesta herencia. Ésta, en efecto, enfrentada a demandas exigentes e impostergables, no había demorado mucho en deslizarse aceleradamente hacia una bancarrota, exhibiendo así no sólo sus mediocres desempeños acumulativos de recursos idóneos y de antecedentes confiables para enfrentar desafíos inéditos, sino también las múltiples endebleces y vulnerabilidades que, en el nivel de sus cimientos, venía arrastrando el experimento argentino. No sería justo, pues, concentrar las culpas en las generaciones que asumieron la herencia argentina desde 1930 en adelante.

Y a lo anterior cabe todavía añadir que dicha acusación de despilfarro, una de dos: o bien se disuelve en un reproche trivialmente aplicable a una amplia mayoría de los casos parangonables, o bien constituye un fallo injusto con el experimento argentino, toda vez que la trayectoria cumplida por éste, cotejada con las asumidas contemporáneamente por los restantes experimentos, no exhibe severas anomalías ni desviaciones particularmente perversas. Por el contrario, salvo contadísimas excepciones, las más diversas naciones, tanto de la región como fuera de ella, experimentaron durante ese mismo período quebrantos y retrocesos tan o más serios y prolongados que los sufridos por Argentina, ya sea en lo referente a la salud y del vigor de sus prácticas democráticas, como en lo relativo a sus articulaciones económicas y financieras. Y en cuanto a la pendiente a remontar por las industrializaciones tardías, se demostró mucho más difícil y costosa de remontar de lo que se había supuesto, dando lugar a muchos fracasos y tropiezos y a unos contados éxitos consolidatorios, trabajosamente conquistados.

6. Una versión autocomplaciente del experimento uruguayo

Si dirigimos ahora la mirada al experimento uruguayo y empezamos por los sesgos menos controvertibles, cabe constatar que sus rezagos consolidatorios, sus tropiezos y quebrantos siempre fueron menos acentuados que los del experimento argentino, y que sus impactos sobre las prácticas democráticas y sobre el nivel de vida de la población estuvieron mejor amortiguados. Más aún, de acuerdo con las versiones predominantes, el cotejo entre se-

cuencias de administración de una herencia arrojaría un saldo ampliamente favorable a las sucesivas generaciones de uruguayos. A ese respecto, se suele considerar que los sucesivos «administradores uruguayos», por lo pronto, no sólo debieron operar a partir de una dotación exigua de recursos naturales y de un conjunto muy restringido de oportunidades de inserción ventajosa en los flujos comerciales, financieros y migratorios, sino que, además, no desaprovecharon tales recursos y oportunidades, ni dejaron de explorar todos los senderos identificables de acumulaciones exitosas. Se insiste en señalar, por otro lado, que los logros de consolidación democrática y económica recién tomaron impulso sostenido, a diferencia de lo ocurrido en el caso argentino, a partir de la primera década del siglo XX, es decir, cuando la generación de Bauzá, la última a la que le tocó vivir en un contexto de continuas convulsiones institucionales y guerras civiles, había empezado a ser reemplazada por sus inmediatos herederos.

Y la conclusión que se extrae usualmente es que estos últimos no merecen ser acusados como despilfarradores de un valioso legado. Por el contrario, podrían reivindicar para sí la consolidación temprana de un sistema moderno y disciplinado de partidos políticos, el despliegue de una conducción capaz de sustraer el ciclo económico a los acentuados altibajos que asolaban a los restantes experimentos de la región y los sometía a una alternancia de hiperinflaciones y de precipicios recesivos, así como la implantación pionera, sin traumas ni arrebatos súbitos, de un amplio y generoso esquema de coberturas de riesgos y de respaldos que, a pesar de su dispersión y menguada consistencia conceptual, fueron corrigiendo, compensando e impidiendo que se enquistaran irreversiblemente aquellas mismas fuentes de reproducción de asimetrías de oportunidades, cargas y beneficios, las más aleatorias e injustificables, que gravitaban impunemente en casi todos los experimentos de la región.

A los efectos que aquí están en juego, podemos aceptar provisoriamente esos balances comparativos favorables al experimento uruguayo, postergando la inexcusable revisión de sus sesgos autocomplacientes, así como de su inconsistencia interna. En efecto, a partir del cotejo permanente con los avances paralelos del experimento argentino, los herederos de la generación de Bauzá han ido condensando un flujo de mensajes ambivalentes —por no decir esquizofrénicos— en torno a las ventajas y desventajas de la aceleración de los ritmos y la ambición de las miras, con respecto a los recorridos parsimoniosos y el acotamiento de los alcances. Por un lado, dichos mensajes desembocan en una denuncia del paso cansino y rutinario de los avances uruguayos, con sus altos costos en términos de inercialidad y de impotencia para desencadenar cursos novedosos e iniciativas audaces. Por otro lado, tal denuncia convive pacíficamente con un mensaje de signo contrario, que ter-

mina condensándose en un elogio al gradualismo uruguayo, a su capacidad de interponer murallas sólidas para proteger a los pueblos de los impactos desquiciantes de tropiezos y coyunturas adversas.

En todo caso, dejando para otra oportunidad una anatomía de esa ambivalencia y de las múltiples falacias que allí anidan, lo cierto es que un primer contraste entre ambos experimentos, parece dejar un saldo favorable para los herederos y administradores uruguayos de los legados acumulados a lo largo del siglo XIX, en la medida en que habrían logrado compensar una plataforma mucho más exigua, comparativamente hablando, de riquezas y oportunidades, con una gestión prudente y escrupulosa, quizás sin grandes brillos, pero también exenta de graves y duraderas distorsiones. A primera vista, pues, el parangón entre las dos trayectorias parece alinear consideraciones desfavorables a aquella acusación de despilfarro que pretendíamos hacer recaer sobre los herederos de la generación representada ejemplarmente por Bauzá.

7. Las herramientas conceptuales de un balance intergeneracional

Y sin embargo, los elementos de juicio manejados en ese mismo contraste también han ido alumbrando las pistas requeridas para poner a punto una primera y burda aproximación a aquellas conceptualizaciones operativas que permiten referirse con suficiente propiedad a una «contabilidad o balance profanos» y, a la vez, enjuiciar las diversas administraciones de los legados. En términos muy elementales, se trata, por lo pronto, de distinguir dos tipos de componentes en los legados acumulados, según concurren a determinar 1) el conjunto externo de alternativas accesibles, recorribles y sustentables, por un lado, y, por el otro, 2) el conjunto interno de alternativas, es decir, el nivel de las metas, aspiraciones, compromisos y los constreñimientos que otorgan continuidad conceptual al encadenamiento acumulativo de los aportes y empeños de las sucesivas generaciones. (Se trata de una conceptualización grosera e incompleta, por cuanto no se hace cargo de los diversos y complejos encadenamientos que se establecen entre los componentes externos y los internos del conjunto de alternativas deseables y viables.)

Tal distinción, tan sencilla como aparentemente inofensiva, contiene un doble mérito. En primer lugar, permite perfilar el enfoque profano de contabilización acerca de la administración de los legados como aquél que atiende a las ganancias y pérdidas operadas sobre los componentes internos del legado y, en particular, a su dimensión moral y cívica. En segundo lugar, habilita

un enjuiciamiento no arbitrario de las eventuales connotaciones culposas que pueden revestir la administración intergeneracional de los legados, evitando deslizarse por la trampa de los relatos trivializadores. De ese modo, su introducción abre el camino para responder apropiadamente a las dos interrogantes planteadas y para levantar las dos principales objeciones sustanciadas en torno a la deuda contraída con la generación de Bauzá.

Al aplicar dicha distinción a las trayectorias argentina y uruguaya, es posible ir al encuentro de aquellos elementos que vendrían a confirmar un balance radicalmente opuesto al que usualmente se extrae. En el caso argentino, las generaciones que administraron los cuantiosos legados acumulados hasta 1930 no pueden ser acusadas fundadamente de despilfarradoras, por cuanto ni ellas ni sus homólogas en otros experimentos contemporáneos disponían de un recetario garantizado para sostener los rumbos exitosos previos y remontar las pendientes, así como tampoco podían contar con recursos de inmunización contra los tropiezos y los fracasos. En realidad, a partir de 1930 los afectados por diversos tipos de deterioros fueron los componentes externos del legado acumulado, mientras que los componentes internos no fueron sometidos a ninguna rebaja sistemática. Y, por cierto, el nivel de los componentes externos resulta siempre extremadamente vulnerable a condiciones de entorno que ni los mejores administradores pueden neutralizar. En particular, las inserciones ventajosas en los circuitos comerciales, financieros y migratorios no dependen solamente de lo que cada experimento pueda ofrecer, sino, también y sustancialmente, de los desempeños de los restantes experimentos que operan en esos mismos circuitos: «los demás también corren», de modo que si nosotros somos dejados atrás o perdemos algunas de las posiciones favorables, cabe la alternativa de que algunos de los hasta ahora retrasados hayan iniciado una aceleración exitosa. Resulta claro, pues, que para intentar un enjuiciamiento crítico de la administración de los componentes externos del legado argentino, sería preciso manejar un instrumental conceptual y un acopio de informaciones comparativas mucho más refinado y bastante más exhaustivo que los que están a nuestro alcance.

En el caso uruguayo, en cambio, existe un margen para solventar una imputación de culpa a los herederos de los mejores legados acumulados por la generación de Bauzá (más precisamente, por sus integrantes más sanos y esclarecidos), en cuanto despilfarradores de los componentes internos de dichos legados, en la medida en que se logre demostrar que a) dichos herederos operaron un recorte deliberado de esos componentes internos; b) que ese recorte no admite ser reconstruido y justificado como un ajuste razonable de las expectativas a los componentes externos del conjunto de alternativas recorribles; y c) que el mismo, en cambio, puede ser descrito como una rebaja desmoralizadora y una trivialización de las metas y de los compromisos, a

partir de lo cual iban a acentuarse los peores sesgos provincianos y sólo quedaría lugar para los más ramplones, miopes y rutinarios incrementalismos.

8. Los sueños y las ambiciones de los uruguayos

No estoy seguro de que un rastreo bien documentado logre fundar las connotaciones deliberadas y culposas de esa rebaja, ni permita discernir responsabilidades generacionales. Después de todo, sus más visibles y tempranos promotores —los núcleos alineados inicialmente en torno a las propuestas de José Pedro Varela y de José Batlle y Ordóñez— pertenecían a la misma generación que integraban Bauzá, Justino Jiménez, Martín C. Martínez, Aparicio Saravia, Julio Herrera y Obes, etcétera, por lo que la pertinencia o no de dicho recuento de culpas es algo que debe quedar en manos de la indagación historiográfica. A esa misma indagación debe remitirse la dilucidación del misterio que se esconde tras la gravitación que inexplicablemente alcanzaron dos figuras tan mediocres —Varela y Batlle—, tanto sobre sus propios contemporáneos —la más destacable de todas las generaciones de uruguayos— como sobre las orientaciones y los relatos predominantes hasta nuestros días.

En cambio, las distinciones previamente adelantadas permiten, sin arriesgarse más allá de los limitados alcances de un enfoque profano como el nuestro, perfilar aquella inflexión declinante que comenzó a prevalecer inequívocamente a partir de la segunda y la tercera década del siglo XX y que, a fines de ese mismo siglo, desemboca en la entronización de los enfoques incrementalistas más despojados de apuestas sustantivas y de los relatos gradualistas menos asociables a protagonismos e iniciativas discriminables. En todo caso, parece relativamente sencillo ubicar con bastante precisión los dos extremos —inicial y final— de ese recorrido declinante, de modo de poner a plena luz el contraste entre los componentes internos de aquel legado y su jibarizada versión posterior, en el entendido de que la actualmente prevaleciente es el resultado terminal de la ya mencionada rebaja culposa.

Contra lo que pudiera parecer, es más cómodo trazar el contraste tomando la versión final como punto de partida. En las convocatorias y los mensajes que gozan actualmente de más amplia acogida en la opinión pública uruguaya, por su capacidad de condensar aquellos objetivos y aspiraciones que se visualizan como compartibles, las referencias principales y casi excluyentes se limitan a dibujar un recorrido de avances lineales e incrementos monótonos a lo largo de algunos pocos ejes que definen las condiciones y los nive-

les de vida de la población. En ese mismo punto, en efecto, parecen converger las convocatorias de Julio Sanguinetti y de Tabaré Vázquez: de lo único que se trata es de «la mejora progresiva de los niveles de vida de la población uruguaya».

A primera vista, tal versión de los componentes internos no contiene ningún sesgo anómalo o distorsionante. Por el contrario, parece congruente con aquellos encadenamientos y reciprocidades asimétricas que se establecen entre padres e hijos, entre una generación y la siguiente: la flecha del tiempo determina también la dirección de los compromisos y los concernimientos básicos, de modo tal que sólo podemos amortizar la deuda contraída con nuestros antecesores, a través de las plataformas que dejamos como herencia a nuestros descendientes. ¿O acaso no forma parte de esa cadena de reciprocidades asimétricas la preocupación por que cada nueva generación que viene a residir entre nosotros disfrute de condiciones de vida más confortables y placenteras, con menores fatigas y exposiciones a quebrantos y adversidades? Y entonces, ¿dónde afloraría la supuesta rebaja que habría terminado afectando a los componentes internos del legado acumulado y en qué se diferencia el conjunto de aspiraciones actualmente perfiladas como públicamente compatibles del experimento uruguayo con respecto al de otros experimentos?

Los sesgos reductivos se insinúan, por lo pronto, en la ausencia de la más mínima referencia a componentes protagónicos. En efecto, al medir los avances tomando en cuenta exclusivamente las condiciones y los niveles de vida de la población, lo que se contabiliza es lo que ocurre con cada uno de sus integrantes, considerados como unidades de experiencia y, más estrictamente, como beneficiarios de paquetes mayores o menores de recursos. Dicho en términos negativos, lo que se deja de lado son todos aquellos cambios que el transcurso de los acontecimientos y los encadenamientos irreversibles de las sucesivas opciones asignativas, operan sobre los destinos de esos mismos integrantes como unidades de agencia, es decir, en términos de sus capacidades para incidir sobre su propio destino y para disponer de una gama ampliada de alternativas. Esta impronta unilateral se refuerza cuando comprobamos que en los relatos públicos acerca de dichos avances sólo figuran convocatorias meramente retóricas al involucramiento directo de los beneficiados, mientras que son tan escasas como brumosas las referencias a protagonismos y responsabilidades compartidas, a cambios dramáticos en las formas de organización, en la manera de gestionar los asuntos y rendir cuentas de resultados, de articular los vínculos y de reorientar el trato brindado a las iniciativas personales. Por lo demás, ninguno de los mensajes convoca a los beneficiados ni a los encargados de prestar los servicios que supuestamente inciden en la mejora gradual de las condiciones y el nivel de vida de la

población —por ejemplo, educandos y pacientes, docentes y personal médico— a procesar revisiones sustantivas de sus creencias y de sus principios de conducta. De ese modo, al no existir ninguna conexión perceptible entre las mejoras y aquellos componentes sobre los que la gente común y corriente —el agente profano— es capaz de incidir, no puede sorprender que la población beneficiada por tales mejoras graduales reciba las noticias acerca de los empeños sostenidos y de los sucesivos logros alcanzados como si se tratara de una información sobre los resultados de una lotería o, en el mejor de los casos, de una gestión administrativa a cargo de núcleos profesionales.

Tal como se explicitará más adelante, Bauzá y los mejores de su generación consideraban tales conexiones como decisivas para la salud y el vigor moral de un pueblo, y descalificaban cualquier intento de pasarlas por alto o debilitarlas como una expropiación a la gente de su capacidad para incidir sobre los cursos de acontecimientos y sobre su propio destino. Es cierto que aquella generación no se había asomado aún a un horizonte ampliado de alternativas sustantivas y bien discriminadas, como las que el experimento uruguayo podría tener hoy a la vista si no hubiera quedado atrapado en un pantano de provincianismos, incrementalismos atóxicos y sensateces gradualistas, un pantano que nuestros abuelos acertaron a rechazar y a denunciar. También es cierto que, si dicha generación conociera el tipo de discrepancias y controversias que dividen hoy a las distintas convocatorias partidarias y provocan ríos de tinta periodística y académica —las disciplinas fiscales y crediticias, las modalidades de propiedad y de gestión aplicables a las empresas y los patrimonios públicos, la distribución de la carga tributaria y del gasto fiscal—, se apresuraría a denunciarlas como cuestiones baladíes y meramente instrumentales, de cuya dilucidación mejor o peor no cabe esperar más que inflexiones marginales sobre las modalidades de generación, acumulación y distribución de riqueza, e incapaces, aun en el mejor de los casos, de alimentar involucramientos cívicos robustos y de desencadenar procesos de discernimientos y contrastaciones esclarecedoras tendidos hacia horizontes de largo plazo.

9. La victoria de los gradualismos y los provincianismos

Si estamos en la pista correcta, pues, los mensajes públicos que terminaron prevaleciendo en el experimento público uruguayo han ido introduciendo dos tipos de recortes sobre el conjunto interno de alternativas. Por un lado, dichas alternativas han sido despojadas sistemáticamente de todas aquellas

connotaciones asociadas con la continuidad de refundaciones morales y cívicas, así como de reformulaciones conflictivas de principios configurativos, que abren paso a bifurcaciones dramáticas, para quedar reducidas a opciones en términos de «un poco más o un poco menos de lo mismo», de ritmos más acelerados o más parsimoniosos, de administraciones más «realistas» y sensatas o voluntaristas e imprudentes. Por otro lado, ese mismo conjunto de opciones, ya acotado en sus alcances, ha ido opacando y debilitando todos aquellos perfiles y encadenamientos capaces de convocar y habilitar a los agentes profanos a asumir involucramientos discriminados, iniciativas descentralizadas y protagonismos gravitantes. Y, al combinar los impactos de esos dos tipos de recortes, no es sorprendente que terminen reforzados aquellos mensajes y modelos narrativos que condenan a las peripecias individuales y colectivas de los uruguayos a recorrer trayectorias caracterizadas por la redundancia y la impotencia, así como por la cortedad y el provincianismo de sus horizontes, tanto en términos de lugar como de época.

Tal desenlace no es la mera prolongación del legado recibido por la generación de Bauzá, ni tampoco se alinea con lo ocurrido en otros experimentos paralelos, ni siquiera en aquéllos que, como el argentino y el inglés, han sufrido deterioros acentuados de su conjunto externo de alternativas. No es necesario atribuir méritos especiales a aquella generación para apreciar el contraste entre los términos que disponían nuestros antepasados para compartir las metas y los horizontes de sus emprendimientos, por un lado, y aquéllos que hoy circulan con mayor fluidez entre sus herederos, por el otro. Lo cierto es que a ellos les era familiar la inscripción de sus propias peripecias y empeños en un horizonte cargado de alternativas dramáticas y de arriesgadas apuestas, a partir de las cuales se abrían encrucijadas que desembocan en la regeneración o la disolución, la salud o la enfermedad, el vigor o la debilidad, la renovación audaz o la impotencia, y en las que las opciones asumidas por los agentes profanos concurrían a reforzar una dirección o su contraria.

Lo que sí cabe descartar es que esos recortes sistemáticos y esos sesgos provincianos que han ido afectando los componentes internos del legado uruguayo, constituyan una secuencia meramente fortuita de deterioros, en la que no mediaron inflexiones deliberadamente asumidas. Bauzá y los mejores de su generación advirtieron contra muchas de las pendientes perezosas que desembocarían en tales deterioros, denunciaron y libraron múltiples combates contra aquellos mensajes, relatos y convocatorias que podían favorecer los deslizamientos a lo largo de dichas pendientes, así como debilitar las resistencias y músculos morales acumulados. En esa medida, cabe concluir que fueron derrotados o que, en el mejor de los casos, su legado no ha encontrado, hasta ahora, al menos, los rescates y prolongaciones que se merecían. ¿Cómo explicar esa derrota? ¿En qué medida fue el resultado casi in-

evitable de las insuficiencias y precariedades de ese mismo legado o, por el contrario, un desenlace más bien fortuito, derivado de una constelación peculiar de circunstancias? Y en todo caso, ¿no concurrieron decisivamente a dicho desenlace las innegables habilidades y el oportunismo de los vencedores para aprovechar ventanas de oportunidades, para discernir las brechas que allanaban la conquista de la ciudadela de los sueños y anhelos uruguayos?

Mi menguada versación historiográfica me inhabilita para brindar respuestas a las anteriores interrogantes. De cualquier manera, y aunque ése no fuera el caso, todo intento de incursionar en esa dirección sólo podría redundar en largos rodeos que nos alejarían de las preocupaciones temáticas que hoy nos convocan. Es preciso, pues, postergar esas legítimas curiosidades y atender a requerimientos mucho más pertinentes. ¿Qué indicios respaldan inequívocamente el trazado de tan acentuado contraste entre los dos horizontes, el legado por nuestros antepasados y el que ha terminado articulando nuestros debates y afanes actuales? ¿Cuáles fueron los territorios disputados y en torno a qué asuntos se libraron aquellos combates que enfrentaron con mayor nitidez las posturas vencedoras y las derrotadas?

A lo largo de ciertos frentes de controversias que se mantienen abiertos desde la época de Bauzá, se producen algunas convergencias felices, aunque no casuales. Tratando de aprovechar tales convergencias, me inclino a seleccionar como principales y decisivas las prolongadas disputas sustanciales a propósito de:

- 1) los modelos narrativos más apropiados para dar cuenta de las peripecias por las que atravesó el experimento uruguayo y rescatar la incidencia de los agentes profanos;
- 2) el lugar a asumir por las instituciones educativas en la consolidación exitosa de dicho experimento;
- 3) las virtudes y los vicios de los formatos monopólicos.

No tiene nada de fortuito que haya sido el propio Bauzá quien no sólo perfiló los alcances de todo lo que estaba en juego en esas tres batallas — mediante formulaciones certeras, algunas de las cuales no han sido superadas hasta hoy—, sino quien, además, se adelantó a convocar y encabezar las posturas que resultarían posteriormente derrotadas y despojadas de gravitación. Se trata, por otra parte, de una agenda de problemas en la que cualquier heredero profano del legado intergeneracionalmente acumulado puede incursionar con cierta familiaridad y, a la vez, considerarse directamente involucrado. Tampoco es casual que dicha agenda permita alinear inequívocamente a nuestros «abuelos derrotados» y a nuestros «abuelos vencedores», marcando sus discrepancias sustanciales a propósito de los componentes internos del referido legado, así como identificando los puntos precisos a partir de los cuales empezaron a ganar arraigo aquellas rebajas sistemáticas de los sue-

ños y ambiciones asumidas por el experimento uruguayo que, con el tiempo, terminaron alimentando su actual vocación albanesa a jugar en canchas chicas, a aferrarse crispadamente a su estilo y a su ritmo cansino para enfrentar la continua renovación de los escenarios y de los desafíos. Y todavía cabe agregar que, a la hora de seleccionar esos tres frentes, he tenido en cuenta, como es obvio, las oportunidades ventajosas que brindaban para ilustrar, mediante una aplicación operativa, el enfoque profano de la contabilidad intergeneracional, para solventar la acusación de despilfarro que he dirigido contra «los hijos y los nietos de Bauzá», así como para aportar mi granito de arena al rescate de sus más valiosos legados.

10. Una extraña amnesia selectiva

He optado por reagrupar los frentes 2 y 3, abordarlos en conjunto y aplicarles un enfoque que contrasta en forma esquemática los horizontes iniciales y los actuales. Tal opción me permite abreviar esta exposición y, a la vez, sacar mejor partido de las facilidades que ofrece el frente 1, el de los relatos históricos, para un análisis más discriminado del itinerario a lo largo del cual se fueron rebajando secuencialmente los componentes internos. Por otra parte, el reagrupamiento de los dos últimos frentes reporta ventajas adicionales. Bauzá combatió en cada uno de ellos por separado, enfrentándose a las posiciones asumidas por dos miembros de su misma generación —José Pedro Varela y José Batlle y Ordóñez— fuertemente distanciados entre sí en sus inspiraciones y sin ninguna afinidad personal. Nunca ocultó que ambos le merecían una pobre opinión, y los descalificó —acertadamente, a mi juicio— como mentes torpes, incultivadas, perezosas, precipitadas y unilaterales, ubicables, por lo tanto, entre los peores exponentes de esa generación, los menos familiarizados con los legados acumulados y los más propensos para despilfarrarlos.

A su vez, Batlle tendía a coincidir —aunque por distintas razones— con los juicios severos de Bauzá respecto a Varela y a su proyecto de regeneración de la sociedad uruguaya a través de los servicios educativos, algo que ambos consideraban como un rodeo perezoso, un intento tan pueril como despistado de trastocar el único orden posible de construcción cívica. (En ese sentido, no es arriesgado afirmar que Batlle resulta acreedor a una consideración muy superior a la otorgable a Varela, y que sus mejores títulos para tal consideración residen, entre otras cosas, en su sostenida resistencia a plegarse al culto y al fetichismo vareliano, un mérito del cual muy pocos uruguayos —incluyendo a sus contemporáneos, a quienes no se les ocultaba la irreparable mediocridad del ídolo— pueden vanagloriarse.) Sin embargo, ese distancia-

miento de Batlle no estaba respaldado por sólidas razones ni se nutría de una concepción alternativa de los procesos y las instituciones educativos y de sus aportes a la consolidación del experimento uruguayo.

No es extraño, pues, que por oportunismo terminara cooptando el modelo de enseñanza vareliana, incorporándolo al repertorio de palancas de control social, mediante las cuales pretendía recomponer las bases del experimento uruguayo. En todo caso, lo cierto es que ahora, desde las perspectivas ganadas con el devenir de los acontecimientos, podemos corregir algunas de las percepciones de nuestros antepasados: esa cooptación que el propio Batlle visualizaba como una alianza de conveniencia entre elementos discordantes, terminó alumbrando, a través del despliegue de sus respectivas proyecciones dinámicas, un núcleo de afinidades y parentescos que sólo llega a perfilarse si se abordan conjuntamente dichos elementos y se asume un suficiente distanciamiento respecto a sus rasgos específicos.

En los relatos oficiales y en las tradiciones colectivas disponibles se ha configurado un extraño hueco de olvidos y silencios en torno a la opinión compartida inicialmente por los más encumbrados contemporáneos de Varela acerca del personaje y sus propuestas. No es difícil explicar tales silencios y olvidos. Los pronunciamientos hostiles iniciales de una amplia mayoría fueron trocados en juicios favorables a la consolidación de su obra, de modo que al poco tiempo no eran muchos los interesados en preservar el registro de la acogida inicial. Lo que sí ya no es tan fácilmente explicable es el olvido posterior de las formidables palizas que recibió Varela a lo largo de las distintas polémicas en las que participó en defensa no sólo de su proyecto de reorganización de la enseñanza pública, sino también de los mapas y diagnósticos que acompañaban dicho proyecto y eran presentados a título de supuestas fundamentaciones.

Cabe reconocer que tal amnesia pierde algo de su anomalía en algún caso particular. Así ocurre, al menos, respecto a la aplastante demostración de insolvencia argumental y de incapacidad para manejar con mínima corrección las operaciones más elementales de la aritmética —la regla de tres y su aplicación a la extracción de porcentajes— a la que resultó expuesto Varela al polemizar con Carlos María Ramírez, un joven de 23 años que acababa de completar sus estudios de abogacía. En este caso, el más directamente interesado en mantener viva la memoria de dicha polémica —Ramírez— terminó convirtiéndose en el principal cómplice de su entierro en el más completo de los olvidos, una vez que se afilió al proyecto y a las huestes varelianas. Y lo cierto es esa extraña operación de amnesia selectiva —junto con muchas otras que se incorporaron a la cuidadosa construcción orwelliana de la historia oficial uruguaya— fue acompañada por el más completo y prolongado de los éxitos: sobran los dedos de la mano para contar a los uruguayos vivientes

que han frecuentado esa polémica en las últimas décadas, y es casi seguro que ninguno de ellos reviste como docente.

Nunca nos lamentaremos bastante de esa prolongada amnesia y, sobre todo, de no haber acertado siquiera a retener algunas de las múltiples advertencias que los más lúcidos exponentes de la generación de Bauzá lanzaron, no tanto contra el proyecto mismo de reorganización escolar —una mera copia de lo que figuraba como el último grito del progreso para el cholulismo provinciano de esa época—, sino, en cambio, contra el abordaje mismo de los problemas de la enseñanza, su incapacidad para rescatar todo lo que allí está en juego y, más decisivamente aún, contra el descarte definitivo de todas aquellas alternativas que alimentan un horizonte renovado de exploraciones y de discrepancias, de iniciativas descentralizadas y de contrastaciones discriminadas, así como contra la rebaja trivializadora de aquellos componentes internos que permiten otorgar continuidad sustantiva a las acumulaciones intergeneracionales.

En todo caso, Varela y sus inmediatos continuadores pueden alegar en su descargo que los peores sesgos unilaterales y castradores asociados a sus inspiraciones fundacionales de la enseñanza pública uruguaya sólo constituían lastres provisorios, costos coyunturales a absorber, inevitables para remover obstáculos e inercias, para reclutar amplios consensos y acelerar el acceso masivo a los beneficios de la enseñanza de todas las franjas de la población uruguaya. Y lo cierto es que tales descargos merecen el más pleno de los recibos, lo que traslada sobre las generaciones de los hijos y los nietos de Varela-Bauzá las culpas de esos cierres y amnesias. ¿Acaso otros experimentos parangonables al uruguayo no sufrieron a sus propios Varelas, acertaron a reconocer sus méritos y mantenerlos vivos en la memoria compartida, sin por ello quedar condenados a prolongar sus callos e inercias mentales en todo lo relativo a la enseñanza, ni atrapados en sus más rígidos y estrechos trillos? Así, pues, si bien es verdad que la simiente y la siembra contenían suficientes elementos perversos, también es cierto que tales elementos habrían resultado paulatinamente marginados y despojados de sus peores sesgos si no hubieran contado con sucesivas cohortes de jardineros obstinados en cultivarlos y preservarlos contra el más mínimo retoque.

11. Una enseñanza de espaldas al pueblo y a sus representantes

Junto con el traslado de la principal carga acusatoria, se desplaza también la ubicación de los desafíos explicativos más difíciles de satisfacer. Si aquel

arranque fundacional no desembocaba necesariamente en los actuales cierres, amnesias y enquistamientos, ¿cómo es que logran las huestes docentes actuales —tanto los titulares de cargos directivos en los servicios educativos, los que asumen representaciones gremiales, como los que ocupan posiciones de índole tecnoburocrática— aislarse tan completa y eficientemente del concierto de voces que al nivel mundial convierten al modelo uruguayo en una pieza de museo, y a sus planteos oficiales en un repertorio trasnochado de todos los callejones sin salida denunciados hasta el cansancio en la literatura especializada de mayor circulación a lo largo de los últimos veinte años? En ese sentido, cierta sordera de los contemporáneos de Varela a las señales de advertencia de sus críticos iniciales, resulta mucho más fácil de explicar y de justificar —después de todo, los servicios educativos uruguayos de esa época eran muy precarios y estaban requiriendo algún impulso acelerador emparentado con el que Varela proponía— que la actual ignorancia provinciana y «albanesa» de los dirigentes y de la corporación docente uruguaya a las corrientes de reformas impuestas hasta en los últimos rincones del planeta, su cultivada ceguera al acelerado y sistemático deterioro que viene afectando a los servicios uruguayos de enseñanza, tanto en términos de la calidad y de los resultados de los procesos de aprendizaje, como en términos de la disciplina institucional y de las relaciones personales.

En todo caso, muchos de nuestros abuelos adelantaron advertencias muy precisas sobre los polvos que amenazaban convertirse en lodos y, en particular, acerca de aquellos despistados planteos varelianos que iban a desembocar en la enfermiza oposición y divorcio actuales entre el gremio docente y lo que últimamente se ha insistido en denominar *el poder político*. Carlos María Ramírez fue uno de los primeros en llamar la atención sobre los peligros que anidaban en tales planteos, al poner a plena luz la propensión de Varela a establecer falaces disyunciones entre las fuerzas provocadoras de cambios, según éstos cobraran impulso, o bien a partir de la conjugación de las tradiciones cívicas y de las instituciones políticas, o bien desde el seno de los procesos de escolarización. Vale la pena retomar algunas de las argumentaciones intercambiadas a ese respecto entre ambos polemistas, por cuanto allí se configuró con incomparable precisión aquella misma encrucijada que nos mantiene paralizados hasta hoy en día.

Todo comenzó con uno de los habituales exabruptos de Varela. Éste no se cansaba de exhibir su profunda desconfianza en las instituciones democráticas, de profesar su desprecio por los partidos políticos y el parlamento uruguayos, poniendo así los cimientos para la edificación de «una escuela de espaldas al pueblo y al poder político». Tal desprecio lo extendía a «los populachos» de todas las naciones, en particular a los no beneficiados con los aportes étnicos noreuropeos y a los perjudicados por la mezcla con «la san-

gre decrepita» de las razas americanas y africanas. Una combinación irrepetible de ignorancia con cholulismo lo conducía a afirmaciones reñidas con la información más trivialmente disponible al lego más desatento. Así, por ejemplo, atribuyó a los pueblos noreuropeos superiores capacidades para el pensamiento abstracto —y mayor fecundidad demográfica—, mientras que reservó para los latinos y mediterráneos cierta esterilidad poblacional y talento para aquellas actividades que, como las artísticas, ponían en juego la imaginación y el sentimiento, olvidando los aportes fundacionales de los árabes, de los italianos (Galileo) y los franceses (Descartes, Pascal) a las ciencias matemáticas y físicas, por un lado, y, por el otro, las cumbres alcanzadas por Shakespeare y por los novelistas ingleses.

Con todo, su vocación al dislate encontró una oportunidad de explayarse ejemplarmente en torno a un tópico mucho más específico y contrastable, cuando se adelantó a afirmar que Inglaterra se habría precipitado, a la salida de las guerras napoleónicas y como resultado de los cuantiosos endeudamientos asumidos, en una bancarrota financiera, una cesación de pagos y una profunda recesión económica, si no fuera porque, a diferencia de otros pueblos, el inglés disponía de aquel capital de sabiduría y de energías morales que sus modernas instituciones de enseñanza le habían permitido acumular. Sólo mediante un cultivo prolongado de la desinformación y de la estulticia se podía arribar a lo que para cualquier uruguayo de esa época medianamente informado —le alcanzaba con haber leído un par de novelas de Charles Dickens y, de vez en cuando, algún periódico— constituía un mayúsculo despropósito, de modo que Ramírez no tuvo que esforzarse demasiado para demoler las endebles argumentaciones de Varela y exponer a su autor al más extremo de los ridículos.

La demolición empezó por el capítulo relativo al sistema inglés de enseñanza. En realidad, las afirmaciones de Varela constituían una distorsión insostenible, no sólo del estado de cosas vigente en 1815, sino también de lo que estaba ocurriendo en la época de la polémica, medio siglo después. Por razones que no vienen al caso, Inglaterra no había encabezado ni acompañado de cerca a aquellos experimentos empeñados en generalizar el acceso de su población a una escolarización modernizada. Hasta muy avanzado el siglo XIX, la mayor parte de sus servicios de enseñanza dependían de fondos locales y de la acción parroquial desarrollada por los ministros del culto religioso oficial. Los aprendizajes básicos eran muy escuetos y no existía una red de centros de educación técnica y de oficios. La educación media y superior estaba reservada casi exclusivamente a una reducida franja de adolescentes a los que sus familiares procuraban impulsar —si disponían de los medios y de las vinculaciones para ello— hacia cargos militares, eclesiales y de administración colonial. Los hijos de los nobles y de las clases más acomodadas

recibían una educación centrada en las letras y las humanidades, en particular, en el dominio de la lengua latina y de sus autores clásicos. De ese modo, al recurrir al ejemplo de la enseñanza inglesa, Varela estaba serruchando la rama sobre la que estaba apoyado. En efecto, todo su proyecto de reforma educativa se basaba en un diagnóstico según el cual una buena parte de las calamidades que soportaba la sociedad uruguaya, y en particular su retraso en el camino del progreso, se originaba en ese mismo tipo de enseñanza humanística y «libresca» mediante la cual se preparaban los dirigentes de aquel pueblo —el inglés— cuya trayectoria exitosa constituía para Varela la principal fuente de inspiración y el modelo a imitar.

A pesar de la contundencia de la primera línea de argumentación y de sus impactos devastadores sobre las posiciones de Varela, Ramírez acertó a desplegar un segundo ataque crítico, más penetrante y demoledor que el anterior, basado en la acusación de cultivar una especie de daltonismo culpable. Sólo alguien empeñado en ocultarse a sí mismo y a los demás ciertos escorzos del mundo que irrumpen frente a la mirada del más distraído y del menos informado, podía omitir —como lo hacía Varela— toda referencia a aquellas conquistas cívicas y armas institucionales que el pueblo inglés identificaba como fuente de sus mejores reservas morales y de los títulos que le permitían diferenciarse de otros pueblos menos favorecidos, a las que consideraba como frutos maduros de sus propios empeños sostenidos y gestas hazañosas, inseparables del orgullo y de la dignidad de pertenecer a una comunidad de hombres y mujeres libres. Ramírez se refería, por supuesto, a aquellas garantías y tradiciones institucionales que se expresan a través de la Carta Magna, el parlamento, los partidos políticos, los tribunales judiciales, las publicaciones periódicas, las organizaciones sindicales, etcétera. A ningún observador honesto se le podía escapar que, si el pueblo inglés se había familiarizado con el ejercicio pleno de la razón pública, con el intercambio disciplinado y aleccionador de información y de argumentos, ello no podía atribuirse, salvo en una medida ínfima, a los impactos del modesto y excluyente sistema escolar vigente en 1815, y sí, en cambio, a las múltiples plataformas y oportunidades abiertas a las inquietudes profanas de acceder e incidir en esos circuitos de intercambio.

Uno de los méritos de la argumentación desplegada por Ramírez residía, precisamente, en su apelación certera al *civic common sense* acumulado en el experimento uruguayo, un acervo cuantioso sistemáticamente desconocido por Varela, quien nunca trepidó en descargar descalificaciones elitistas y soberbias sobre las tradiciones más arraigadas en el pueblo uruguayo, sobre su composición racial y sus reservas morales. Los elementos aportados alcanzaban para crear un depósito de alarmas y desconfianzas que nos habría inmunizado definitivamente —«curándonos en salud»— frente a los desva-

ríos inherentes a esa extraña «utopía escolar vareliana». Como ya fue señalado, ésta proponía edificar una enseñanza de espaldas al pueblo y a sus representantes, asumiendo el supuesto pueril y enfermizo de que, para enhebrar acumulaciones virtuosas y duraderas, es posible recurrir a atajos ingenieriles y ahorrarse las incertidumbres y los conflictos propios de las operaciones públicamente expuestas a las miradas profanas. De esa manera, salteándose mediante un «astuto» rodeo aquellos lugares especialmente acondicionados para que los pueblos intercambien señales y apuestas en torno a la construcción de su destino, para contrastar las alternativas entrevistas y desplegar sus entusiasmos compartidos y sus discrepancias, los empeños regeneradores se concentrarían en los recintos opacos de las aulas escolares, tratando de incidir directamente, a través de la acción de los miembros de la corporación de profesionales de la educación, sobre las mentes indefensas y supuestamente incontaminadas de los niños y los jóvenes.

Y bien, supongamos que las advertencias certeras de Ramírez hubieran actuado como eficaces anticuerpos contra el virus informático vareliano, ¿habrían cambiado mucho los componentes internos del legado intergeneracional? ¿No estaban disponibles en el propio *civic common sense* otro tipo de anticuerpos capaces de evitar que dicho virus destrozara los archivos más valiosos?

No es sencillo responder a tales interrogantes. En un extremo, algunos elementos de juicio invitan a pensar que allí mismo, en torno a las respuestas al desafío lanzado, no tanto por la reforma de la enseñanza, sino por el mensaje vareliano y su invitación majadera a ese atajo tentador, se abrió para el experimento uruguayo una encrucijada dramática en la que nuestro futuro estaba comprometido y en la que no asumimos las mejores opciones, permitiendo que ingresaran a nuestro torrente sanguíneo los virus que a la larga terminarían desplazando a nuestras mejores acumulaciones o trivializándolas. En el otro extremo, pistas complementarias concurren a desdramatizar dicha encrucijada y a diseminar las eventuales responsabilidades por las trayectorias desacumulativas. Después de todo, ¿acaso no penetraron microorganismos de esa clase, y en la misma época, en casi todos los experimentos similares al nuestro, sin que ello desencadenara impactos tan nocivos sobre las fibras morales y cívicas? Además, ese apresuramiento a rastrear culpables de los desgastes y desacumulaciones, ¿no se contradice con nuestras recomendaciones iniciales? Antes de iniciar ese rastreo, tal vez convenga considerar la posibilidad de que se trate de una inflexión ajena a la introducción culposa de sesgos nocivos específicos en los componentes internos, y de que todo se reduzca a la combinación usual de circunstancias fortuitas y pendientes inerciales difíciles de remontar. Retomaremos este punto después de analizar las advertencias de Bauzá, mucho más precisas que las de Ramírez.

12. La expropiación a los profanos de una plataforma para incidir sobre el legado

El segundo acierto de la argumentación desplegada por Ramírez en torno a la trayectoria del experimento inglés es de índole negativa, aunque ello no conlleva rebaja alguna de sus méritos: Ramírez no quedó preso de una falsa disyuntiva —una trampa tentadora— que sólo unos pocos eluden. Quienes se oponen a los rodeos y «utopías escolares» como los que propuso Varela, a su apuesta «antipolítica» y a su opción excluyente en favor de incidir sobre ciertos procesos de nivel micro, como la mejor forma para corregir duraderamente los rumbos asumidos por la trayectoria de un pueblo, suelen deslizarse hacia el extremo opuesto: apuestan a incidir a partir del nivel macro. Contrariamente a lo que pueda pensarse, la segunda opción —a pesar de presentarse como portadora de esclarecimientos críticos y rigores metodológicos que vendrían a corregir la ingenuidad y la visión profana de los operadores de nivel micro— no es mucho más que un recurso para lucirse en las charlas de boliche, a una mezcla de equívocos y fantasías dictatoriales, que desemboca en el consabido latiguillo: «en vez de combatir la criminalidad y las drogas a través de la formación escolar, es preciso atacar sus raíces más profundas». (Tan profundas son, que nadie puede hallarlas ni operar sobre ellas.)

Así, pues, si éstas dos fueran las únicas opciones disponibles y resultara inexcusable quedarse con una de ellas, habría que apostar a la primera, es decir, a esa modalidad de incidencias pormenorizadas que, al menos, es frecuentada por personajes dignos de todo respeto, como los vendedores de seguros y los predicadores puerta a puerta. Por fortuna, se trata de una seudodisyuntiva, una falsa bifurcación que Ramírez acertó a rechazar. En efecto, al descartar los impactos del sistema de enseñanza como la principal fuente de aquellas reservas morales y disciplinas cívicas disponibles por el experimento inglés a principios del siglo XIX, Ramírez se cuidó mucho de desplazarse hacia el polo opuesto, en el que hubiera quedado atrapado por referencias causales, tan brumosas como vaciadas de contenido, a la gravitación de «la identidad colectiva» y al «espíritu» del pueblo inglés, o a supuestas configuraciones socioestructurales. Y con el agravante de que el recurso a tales determinaciones causales implica ubicar los cursos de acontecimientos en una zona inaccesible a las opciones discriminadas y a los empeños deliberados de los hombres y de los pueblos, y, por lo mismo, de espaldas a la gente, inmune a la incidencia de sus instituciones democráticas. En cambio, la zona en la que se instala Ramírez al intentar dar cuenta de la capacidad del pueblo inglés para enfrentar desafíos y adversidades extremas, se ubica entre los límites de lo macro y lo micro, coincidiendo con

lo que a título de abreviatura cómoda conviene designar como interacciones y encadenamientos de nivel meso.

En efecto, al revisar el repertorio mencionado por Ramírez, resulta fácil extraer un par de conclusiones. Por lo pronto, se trata de un conjunto de ámbitos debidamente acondicionados para que cada uno de ellos, con sus modalidades y regulaciones diferenciales, convoque, albergue, otorgue acreditaciones y gravitación —luego de someterlas a contrastaciones públicas— a las iniciativas responsables de los agentes profanos. (En el listado de tales ámbitos cabe incluir, ahora sí, a las instituciones educativas, en la medida en que éstas, lejos de limitarse a operar sobre los aprendizajes de cada uno de los niños y jóvenes confiados a su tutela, participan en intercambios públicos de mensajes y relatos.) Las supuestas virtudes del pueblo inglés dejan de ser un regalo inmerecido de los dioses o el resultado de una constelación meramente fortuita de circunstancias favorables, para convertirse en la cosecha de largos y trabajosos cultivos, siempre amenazados de deterioro. En términos más precisos, no son más que el fruto de una convivencia al amparo de marcos institucionales muy prolijamente diseñados, conjugados sistemáticamente a través de una continuidad conceptual de revisiones y ajustes con vistas a reforzar la capacidad de los individuos y de los pueblos para incidir sobre su propio destino. Sólo así, mediante el ejercicio continuado y cuidadoso de sus prerrogativas y habilitaciones, es que los agentes profanos logran confirmar mediante indicios inequívocos y públicamente intercambiados aquello que no se puede aprender en las aulas: que están investidos de autoridad y que su pasaje por el mundo no está condenado a la redundancia ni a lo efímero.

La segunda conclusión —la que, a diferencia de la primera, no se encadena directamente con las consideraciones manejadas por Ramírez, si bien no agrega elementos discordantes con ellas— se limita a reubicar los dos extremos de la seudodisyuntiva configurada en torno a las incidencias de cambios procesados en los niveles micro y macro, a partir de las zonas institucionalmente acondicionadas de interacciones de nivel meso. Dichos ámbitos, en efecto, disuelven la disyuntiva en cuestión al disponer murallas de garantías y constreñimientos, así como recursos operacionales bien discriminados, a partir de los cuales los impactos provenientes de ambos extremos pueden ser reabsorbidos dentro de un entramado de continuidades narrativas, a la vez que encausados como ingredientes operativos en la construcción de destinos y alternativas parcialmente controlables. En un extremo, dichas murallas canalizan y amparan las transacciones de nivel micro, ofreciéndoles pistas expurgadas de abusos y amenazas, a lo largo de las cuales pueden perfilarse los lugares más apropiados para elaborar iniciativas inéditas y testimonios disidentes. En el extremo opuesto, esas mismas murallas están destinadas a

amortiguar y filtrar los impactos imprevisibles de cambios desencadenados en el nivel macro, permitiendo que encausarlos en términos de opciones y cursos alternativos.

De cualquier manera, aunque la argumentación crítica de Ramírez era suficientemente demoledora de algunos de los cimientos de la utopía escolar vareliana y de sus sueños infantiles de «ingeniería cívica», Bauzá fue mucho más a fondo: acertó a apelar en forma mucho más directa a los componentes morales del experimento uruguayo y a sus raíces en los protagonismos profanos de sus hombres y mujeres. Sus ataques, mucho más precisos que los de Ramírez, se centraron en aquella alteración distorsionante mediante la cual la ciudadanía uruguaya y sus representantes resultaban expropiados de ciertas prerrogativas que sólo son declinables con menguas groseras de los títulos de autoridad y dignidad que invisten a los integrantes de un pueblo libre comprometido con un experimento de autogobierno. En términos más específicos, los ataques de Bauzá se centraron en lo que el calificó como un despojo a la ciudadanía uruguaya de su capacidad para incidir, tanto a título individual como a nivel colectivo, sobre aquellos procesos a través de los cuales las nuevas generaciones se preparan y se habilitan para asumir su plena habilitación moral y cívica, y, junto con ella, la posta de responsabilidades y legados intergeneracionalmente acumulados.

¿Cómo puede justificarse la conclusión según la cual la argumentación de Bauzá es mucho más precisa y *económica* —requiere de menos supuestos complementarios, por lo que gana en contundencia— que la de Ramírez, a la vez que opera a un nivel conceptual de mayor profundidad y con alcances generalizables más allá de los problemas específicos de la organización de los servicios de enseñanza? ¿Acaso para ganar en precisión no es necesario sacrificar alcances? Por lo pronto, a diferencia de Ramírez, Bauzá puso en juego enfoques institucionales muy bien elaborados, y la ventaja de éstos es que permiten anudar cuestiones de principio en torno a temáticas muy específicas. No es sorprendente, pues, que Bauzá comenzara por llamar la atención acerca de un rasgo muy específico de la reforma vareliana de la enseñanza pública: la reabsorción en manos de un funcionario estatal, el Inspector General, de todas las prerrogativas y responsabilidades que antes recaían sobre las Juntas Locales —herederas lejanas de los tradicionales ayuntamientos o juntas de vecinos— con respecto a la contratación y destitución del personal docente, los programas, la asignación de los recursos, etcétera. Y como Bauzá no gustaba de eufemismos ni tenía pelos en la lengua, no trepidó en calificar a esa reabsorción como un asalto expropiatorio, a resultas del cual una casta minoritaria de profesionales se adueñaba en forma excluyente de los aparatos y los recursos destinados a la enseñanza. Así, mientras que la corporación educativa se rodeaba de una espesa muralla de impunidad y

opacidades, la ciudadanía uruguaya era forzada a renunciar a su capacidad de incidir en áreas tan decisivas como, por ejemplo, a quiénes confiar la tutela de los niños, qué requisitos y acreditaciones deben satisfacer aquellas personas que, frente a las nuevas generaciones, asumen posiciones ejemplares de autoridad moral y cívica, así como de transmisores de los legados compartidos.

Por cierto, Bauzá no compartía las ilusiones pueriles de los utopistas escolares. Tampoco creía que una enseñanza de espaldas a la gente, orientada y administrada por una casta docente exonerada de controles cívicos, redundara necesariamente en efectos nocivos y distorsionantes, ni que devolviendo a los vecinos de cada localidad sus antiguas prerrogativas se aseguraran mejores logros educativos y asignaciones más rendidoras de recursos. En realidad, Bauzá entendía que toda la temática educativa debía ser desmitificada y sometida a una dieta de adelgazamiento que la depurara de sus inflamaciones. En sus dimensiones más específicas, no pasaba de ser un asunto menor en la vida de cada hombre y de un pueblo, un tránsito de corta duración, meramente introductorio —proponía redesignarlo como *instrucción*—, del que no podría esperarse ningún impacto renovador ni revigorizador, y apenas una primera aproximación a códigos y saberes en versiones inevitablemente atrasadas respecto a las que se manejan para guiar las iniciativas y las reasignaciones de recursos en trámite. Y en cuanto a sus alcances más genéricos y con impactos más duraderos sobre las trayectorias vitales de los individuos y sobre los destinos de los pueblos, éstos sólo podían cultivarse como un subproducto indirecto de los emprendimientos vigorosos y de los desempeños institucionalmente cuidadosos, nunca como metas a perseguir directamente y a través de operaciones de agentes especializados, ajenos a los debates y de espaldas a los foros de opinión profana.

13. Las denuncias certeras de las iniquidades y distorsiones asociadas a los monopolios y las asimetrías

Y bien, si la sensatez de Bauzá lo inclinaba a atribuir una gravitación muy limitada a lo que ocurre dentro de las aulas, ¿cómo se explica el tono indignado de sus denuncias al referido despojo cívico? Lo que para él estaba en juego era una cuestión de principios y no de eficiencia: una comunidad de hombres y mujeres libres que declina esas prerrogativas —aun cuando éstas no se le sean muy caras ni asociables a sus apuestas más decisivas, y aun cuando su ejercicio no depare siempre asignaciones más rendidoras de re-

cursos ni mejores resultados—, empieza a recorrer a la inversa el camino de emancipación que la condujo desde el estatuto de súbditos sometidos a arbitrios inconsultos y tratos desiguales, lesivos de su dignidad moral, hasta la (re)conquista reciente de sus títulos de autoridad. Y lo que importa tener en cuenta aquí es que las argumentaciones y consideraciones esgrimidas por Bauzá contra lo que designaba como «el monopolio rentístico y numérico» de la enseñanza oficial, resultan igualmente pertinentes cuando se aplican —como él hizo— a otros formatos consagradores de monopolios, cuasimonopolios y toda suerte de asimetrías estatutarias —en particular, los ejercidos por los bancos estatales— a los que el propio Bauzá asignaba una trascendencia mayor e impactos duraderos más perniciosos.

Dados los alcances generalizables de dichas argumentaciones, conviene resumir sus principales blancos de ataque e identificar sus ventajas con respecto a las desplegadas por Ramírez. Por lo pronto, la atribución exclusiva del ejercicio de las potestades y responsabilidades rectoras en relación con los servicios oficiales de enseñanza por parte de un núcleo de funcionarios con especialización profesional, se emparenta sin mayores violencias con aquellos sesgos estamentales que asumen los experimentos totalitarios, en los que un núcleo minoritario —por ejemplo, los miembros del partido único, apenas el uno o el dos por ciento de la población adulta— disfrutaban de prerrogativas asimétricas con respecto al resto de la ciudadanía. En su aplicación local y específica, dicho formato se conjuga ejemplarmente en los privilegios detentados por una casta profesional de docentes que se coopta y se controla a sí misma, tanto a través de su control monopolístico sobre los estudios formativos y la expedición de títulos habilitatorios, como de aquel anómalo sistema de asignación de cargos que pone a un grupo de escolares a disposición de un docente por el mero hecho de residir en determinada zona, ya que son los propios docentes los únicos que pueden elegir, a partir de pruebas y méritos evaluados por sus colegas, los lugares donde ejercerán sus funciones, sin tener que recabar la aceptación ni ganarse la confianza de la otra parte involucrada: los destinatarios de sus servicios, los padres y los vecinos del barrio, despojados de cualquier injerencia al respecto.

Tal asimetría entre ciudadanos de primera y de segunda, en su capacidad para incidir sobre la asignación de recursos públicos, al margen de que se trate de servicios educativos, policiales o de alcantarillado —y Bauzá los ponía a todos en el mismo nivel—, constituye un atentado inexcusable a los principios democráticos que presiden la convivencia de un pueblo de hombres y mujeres libres, a la vez que establece un régimen odioso y distorsionante de impunidad en beneficio de aquellos funcionarios públicos exonerados de rendir cuentas ante los más directamente involucrados, sobre quienes

recaen directamente sus desempeños. En este punto, las culpas generacionales se reparten, ya que fue la generación correspondiente al padre de Bauzá la que inventó, por ejemplo, que el jefe de policía del departamento de Artigas fuera designado y removido por el titular de la presidencia de la República, sin que los vecinos tuvieran voz ni voto, salvo a través de expedientes tan sinuosos como opacos. Por cierto, Bauzá, un persistente defensor de las raíces locales del ejercicio de las instituciones democráticas, no se cansó de denunciar los sesgos distorsionantes de tales formatos y, en particular, sus impactos morales erosivos sobre una ciudadanía condenada a la impotencia y al desinvolucramiento en relación con aquellos cursos de acontecimientos que más directa y cotidianamente afectaban su destino y sobre los que podían aportar testimonios de primera mano.

En todo caso, las alarmas de Bauzá pueden ser rescatadas a partir de diagnósticos bien fundados acerca de los riesgos de distorsión y los impactos nocivos de largo plazo asociados a la conjugación sistemática de asimetrías, impunidades y formatos monopólicos enquistados en torno a los servicios oficiales de enseñanza. En cuanto a los sesgos peligrosos, éstos se originan en la situación de indefensión y de aislamiento en la que queda confinado el lego, enfrentado al aparato burocrático encargado de administrar dichos servicios. En efecto, las aulas escolares —en forma parecida a las cárceles y los internados psiquiátricos— disponen de una barrera de opacidades tan difícil como costosa de franquear para una mirada profana, desprovista de claves especializadas y de plataformas para ejercitar los intercambios horizontales de voces. En cambio, en el caso de los servicios policiales, de prevención de incendios y de alcantarillado, resulta imposible impedir que los profanos se involucren, movilicen sus indignaciones y alarmas, tanto como desentenderse de sus reparos y denuncias, por más inexpertas que sean, lo que vendría a confirmar dónde residen los diferenciales de peligrosidad, es decir, las mayores probabilidades de consolidación irreversible de asimetrías indesafiadas y de indefensiones ciudadanas.

Y en cuanto al restante componente de los diagnósticos rescatadores de las alarmas de Bauzá, según el cual el despojo educativo desencadenaría improntas nocivas más duraderas y generalizadas sobre las fibras morales y cívicas de un pueblo, no conviene apelar —tal como suele hacerse— a los arrastres prolongados de los años escolares a lo largo de toda nuestra trayectoria vital. Ya he rechazado previamente esa atribución como una exageración infundada, solidaria de ciertas fantasías trasnochadas de omnipotencia educativa, tanto en la buena dirección, como en la mala. En realidad, el peor despojo a que nos somete esa «expropiación educativa» nos afecta mucho menos como niños y jóvenes receptores de un legado intergeneracional, que como hombres y mujeres adultos que han debido administrar y reela-

borar dicho legado a partir de orígenes y peripecias diversos, y que, por lo mismo, son portadores de relatos y testimonios irremplazables.

Dicho de otra manera, los efectos nocivos más duraderos de tal despojo derivan de sus corolarios morales y cívicos, de los mensajes que se graban a fuego en la memoria compartida. Al convertir a los miembros de una reducida casta profesional en los únicos autorizados para definir las condiciones y los procesos que garantizan la conformación de los futuros ciudadanos como agentes morales plenamente habilitados, a los que cabe otorgarles prerrogativas, responsabilidades y confiar a su cuidado vidas y patrimonios, se le está diciendo al resto de la población adulta —cuya vocación de prolongarse hacia los porvenires compartidos no se agota con la mera descendencia biológica ni con la crianza y el cuidado de menores— que toda su incidencia sobre el futuro y, en particular, sobre los legados intergeneracionalmente transmitidos estará confinada al ámbito de las asociaciones y los vínculos privados. En términos más groseros, el mensaje para el ciudadano profano es el siguiente: ocúpate de tu pequeña e idiosincrática cadena de continuidades y legados, mientras que nosotros —la corporación especializada de profesionales de la educación— asumimos la paternidad responsable primordial, la transmisión de los patrimonios morales y cívicos compartidos en su versión oficialmente autorizada. Y, por cierto, una población que no rechaza ese mensaje y que es sometida a sus improntas entumecedoras, termina aceptando como normal que los ciudadanos profanos sean descalificados para ejercer esa paternidad primordial, que se los desconozca como portadores potenciales de aperturas hacia el futuro.

Así, pues, lo que más alarmaba e indignaba a Bauzá a propósito de la reforma vareliana de la enseñanza oficial era que, a partir de su consolidación, los residentes en el territorio uruguayo —en términos estrictos, la población masculina adulta— fueron despojados de ciertas prerrogativas y responsabilidades que todas las generaciones anteriores habían ejercido, en el marco de los ayuntamientos y cabildos, desde la época de los iniciales asentamientos de colonos. Y Bauzá no abrigaba dudas acerca de los efectos de largo plazo de ese tipo de expropiaciones sobre las fibras morales y cívicas de cualquier población, al punto tal que, si hubiera conocido los experimentos recientes de privación sensorial —mantener a un sujeto sumergido en un tanque de agua, privado de luz, sonido y cualquier tipo de contacto— se habría adelantado a concluir que las desautorizaciones sistemáticas desencadenan en la ciudadanía entumecimientos similares a los provocados por dichos experimentos.

Eso sí, la argumentación crítica de Bauzá, vista a partir del horizonte actual de controversias y de propuestas alternativas, puede aparecer como unilateral e incompleta, en virtud de haber quedado asociada indisolublemente

con un modelo de organización de la «enseñanza común» —la designación que prefería Bauzá— cuyas limitaciones y rigideces —se suele alegar— habrían ido quedando a la vista, y que no despierta hoy las mismas esperanzas que antes reclutaba: la escuela del barrio (o del pago), administrada en la órbita de la junta vecinal o el concejo del distrito. En particular, los planteos de Bauzá perderían actualidad en la medida en que no contemplarían adecuadamente las demandas de respaldar y extender las opciones paternas sobre las escuelas a las que confiarán sus hijos.

Sin embargo, tales señalamientos resultan injustos y fuera de lugar. En primer lugar, Bauzá no desatendió a las desventajas en que quedaban las familias de bajos recursos interesadas en que sus hijos se educaran, ya fuera en instituciones explícitamente confesionales, ya fuera en las más afines a sus convicciones morales y a sus orientaciones en materia de cómo deben ser tratados los niños. Por el contrario, Bauzá acusó a la reorganización vareliana de trasladar las asimetrías asociadas a la distribución de la riqueza y los ingresos al plano de las opciones familiares sobre las alternativas educativas, de modo tal que, mientras las familias acomodadas quedan habilitadas no sólo a sólo elegir la institución de enseñanza a la que envían a sus descendientes y respaldar sus reclamos y señales correctivas con la amenaza de traslado, sino también, y mucho más decisivamente, a incidir para que sus hijos crezcan en una familiaridad estrecha con sus propios legados morales y religiosos y con sus relatos de orígenes diferenciadores —judíos, alemanes, italianos, ingleses, guaraníes, yorubas, bantúes, zulúes, etcétera—, los hogares más relegados en términos de riquezas e ingresos, en cambio, resultan despojados de opciones y de incidencias, a la vez que deben renunciar a que los servicios de enseñanza se asocien con ellos para transmitir a las nuevas generaciones sus herencias morales y civilizatorias, así como aquellos motivos por los cuales pueden enorgullecerse de sus antepasados.

En segundo lugar, las preocupaciones principales de Bauzá se ubicaban más allá de la relación entre los encargados de administrar los servicios de enseñanza y sus usuarios directos, para abarcar a todos los ciudadanos —no sólo los padres— en cuanto asignadores de recursos públicos —no sólo los volcados al área educativa—. En tercer lugar, Bauzá consideraba decisivo el ejercicio autorizado de «la voz del ciudadano», no sólo como refuerzo y complemento de la opción de «salida», allí donde es posible disponer de alternativas, sino también como algo intrínsecamente meritorio y, en todo caso, insustituible en los casos en que no se puede contar con tales alternativas.